

2009

**Revista Electrónica Historias
del Orbis Terrarum**

Edición y Revisión por la Comisión
Editorial de Estudios Medievales

Núm. 02, Santiago

<http://www.orbisterrarum.cl>



Las cruzadas en Bizancio: Visiones y acciones entre los siglos XI y XIV.

*Por Héctor Órdenes Hermosilla**

RESUMEN:

La historia de las Cruzadas, para entenderlas en su total complejidad, debe ser examinada desde la óptica de todos sus protagonistas. En este sentido, el siguiente trabajo se hace cargo de la evolución que existe en la perspectiva que uno de estos protagonistas, los bizantinos, tienen sobre los occidentales, durante los siglos de las Cruzadas, y de qué manera la redundancia de este pensamiento en una acción determinada va a definir una participación activa del mundo cristiano ortodoxo en este peregrinaje armado.

* Héctor Órdenes Hermosilla es Licenciado en Historia de la Universidad de Chile.
Contacto: feanaro@hotmail.com

LAS CRUZADAS EN BIZANCIO:
Visiones y acciones entre los siglos XI y XIV

Por Héctor Alejandro Órdenes Hermosilla

Las Cruzadas en Bizancio: Visiones y acciones entre los siglos

XI y XIV

*“No es tanto la diferencia en el dogma lo que aleja los corazones de los Griegos de vosotros. Es que el odio contra los Latinos ha penetrado su alma, por los muchos daños que ellos les han hecho sufrir en distintas épocas y aún cada día. Mientras no se extirpe este odio, no podrá haber unión. La verdad es que mientras no sientan que representáis para ellos un beneficio, ni esa aversión será superada, ni habrá nadie que diga una palabra a favor de la unión... Es importante saber que no fue el pueblo de Grecia quien me envió en busca de vuestro apoyo y de la unidad, sino el Emperador por su propia cuenta y en secreto”.*¹

Mucha tinta historiográfica se ha vertido en torno al tema de las cruzadas desde la óptica occidental; el carácter religioso de la peregrinación armada, la osmosis cultural entre oriente y occidente, y las transformaciones económicas surgidas a partir de este proceso –entre otros- ha acaparado la discusión en torno al valor que tuvo y tiene hasta el día de hoy este fenómeno. Sin embargo, y si bien en una tendencia que lentamente se ha ido replegando durante los últimos años, es proporcionalmente menor –comparativamente hablando- el trato e importancia que se le ha dado al Imperio Bizantino como agente activo en el acontecimiento que movilizó a un continente completo durante casi 200 años (si nos atenemos a la consideración tradicional que contempla las ocho cruzadas, desde Europa Occidental hacia Medio Oriente entre 1096 y 1291).

El Imperio Bizantino, dentro del fenómeno de las cruzadas, ha sido contemplado, la mayoría de las veces, como un simple espectador de los sucesos acaecidos en Siria y Palestina; la única cruzada en la cual Bizancio cuenta con una participación protagónica, la cuarta cruzada, vio

¹ Mensaje de Barlaam, religioso enviado en misión diplomática por el emperador bizantino Andrónico III a Roma, al papa Benedicto XII. Acta Benedicti XII. 1334-1342, ed. Al. L. Tautu, Fontes 3, vol. 8, doc. 43. 197-198. En: “Kolbaba, Tia M. ‘Byzantine Perceptions of Latin Religious Errors. Themes and Changes from 850 to 1350’, en ‘The Crusades from the perspective of Byzantium and the Muslim world’”. Editado por Angeliki E. Laiou y Roy Parviz Mottahedeh, Dumbarton Oaks, 2001. Pág. 117. Traducido del inglés.

cómo éste sufría las acciones y sus consecuencias, en vez de llevarlas a cabo de manera activa, y del resto, pareciese que la única importancia para occidente (y por ello para las Cruzadas mismas) que posee el imperio es de servir como nexo territorial y apoyo militar, sin contar con que muchas veces los emperadores griegos perjudicaron a los cruzados más que servir de real ayuda².

El presente trabajo sostiene, por el contrario, que el Imperio Bizantino logró efectivamente conformarse en un actor protagónico dentro del fenómeno de las Cruzadas, en tanto no se logra entender de qué manera éstas triunfaron o fracasaron sin la presencia perenne del elemento griego. En ese sentido, se sigue la línea de pensamiento de Paul Magdalino, que en su ensayo “The Byzantine Background to the First Crusade”, considera a Bizancio no como un mero espectador pasivo de las Cruzadas, sino un elemento activo, definido en la siguiente metáfora: “Incluso si Bizancio no hizo nada más que conducir la carga (eléctrica) desde el oeste hacia el este, su preparación no debe ser dada por descontada. ¿Por qué el Imperio Bizantino llegó a ser un adecuado y eficiente conductor de la energía cruzada? ¿O es que acaso, en vez de servir como mero conductor de una fuerza externa, su propia evolución estructural a fines del siglo XI jugó un importante rol en atraer, dirigir y concentrar las energías expansionistas del oeste?”³

El objetivo de este trabajo, vistos los antecedentes, es observar dicha evolución del pensamiento, que como ya se ha mencionado, influyó en una línea de acción. La elección del período –los siglos XI al XIV- no es antojadiza, en tanto sirve como límite temporal para un período el cual en este trabajo se define como ‘los estertores de la autodeterminación bizantina’, años que se muestran como los últimos de la historia del Imperio Bizantino durante los cuales los griegos logran efectivamente ser dueños de su propio destino y sus acciones van acorde a la condición propia de un poder político, militar, económico e incluso cultural que es capaz de hacer frente por su propia cuenta a las ingerencias foráneas, materializadas en las Cruzadas, que se hace extensiva hasta el año 1261. A partir de esta fecha (año en el que Miguel VIII Paleólogo recupera Constantinopla), y salvo

² Las Cruzadas, desde el punto de vista historiográfico, han sido vistas tradicionalmente como un fenómeno esencialmente europeo occidental, donde el Islam es la ‘víctima’ del proceso, y Bizancio una mera tierra de paso. Más aún, la percepción académica ha establecido durante décadas una discusión alrededor de los juicios de valor que se dan en las motivaciones mismas de las Cruzadas, olvidando la mayoría de las veces la recepción que tuvieron en el mundo oriental, y su rol como protagonistas activos en el proceso. A este respecto, consultar: Constable, Giles. ‘The historiography of the Crusades’ En: ‘The Crusades from the perspective of Byzantium...’ Págs. 1-2

³ Magadalino, Paul. ‘The Byzantine Background to the First Crusade’ Recurso electrónico, extraído de ‘<http://www.deremilitari.org/resources/articles/magdalino.htm>’ Ultimo acceso 25/02/2009. Traducido del inglés.

escasas excepciones (la más notable, las llamadas ‘Vísperas Sicilianas’⁴) el agonizante imperio no es sino un actor pasivo entre occidente (el papado y las ciudades comerciantes como Venecia y Génova) y oriente (el emergente poderío de los turcos otomanos); un imperio sometido a las voluntades de ambos mundos hasta el fin de sus días. Se podría argumentar que, a falta de armas para combatir, los griegos igualmente se han mostrado hábiles, a lo largo de su historia, en el ejercicio de la diplomacia; sin embargo, se verá que tales recursos pocas veces prosperan, y las veces que sí, tan sólo buscan reafirmar un *status quo* que bajo ningún punto de vista es favorable a los intereses griegos, y que en última instancia prosiguen la tendencia a sobrevivir en función de la voluntad ajena de los extranjeros. Por otro lado, y a pesar del título del presente trabajo, se trasciende los límites temporales de lo que tradicionalmente se considera como los años de las Cruzadas, debido principalmente a que la idea de Cruzada subyace en la mentalidad e intencionalidad de los actores participantes del proceso, a pesar de que, en la realidad, no se llevara más a cabo sino hasta la Cuarta Cruzada (desde la Quinta en adelante, la ruta marítima de acercamiento hacia Medio Oriente descarta el paso a través del Imperio Bizantino, sobre todo luego de la ocupación selyúcida, en 1207, de la ruta a través de la costa mediterránea del Mar Mediterráneo⁵).

Los elementos mediante los cuales este trabajo pretende constatar la presencia activa del elemento bizantino en las Cruzadas son, en primer lugar, la acción efectiva que los griegos desarrollan a lo largo de estos años frente a este fenómeno; sin embargo, esto no se entiende en su totalidad sin comprender las motivaciones por las cuales los bizantinos se guiaron, las cuales, a su vez, son fiel reflejo de una línea de pensamiento, una manera de ver al occidental que se muestra dinámica y cambiante a lo largo de los años reseñados. En consecuencia, es la mirada del griego hacia el latino la que determina una acción definida dentro de esta autodeterminación y participación protagónica en las Cruzadas.

⁴ Hecho armado, acontecido en 1282, que determinó el fin del poder Angevino en la isla de Sicilia, favoreciendo la influencia de la Corona de Aragón, y en el cual el basileus Miguel VIII acusa una participación importante.

⁵ Hazard, H. W., Editor. *The fourteenth and fifteenth centuries (A History of the Crusades, volume, III)* Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1975. Recurso electrónico. Extraído de: <http://digital.library.wisc.edu/1711.dl/History.CrusThree> Último acceso 26/02/2009. Pág. 40

I

El fenómeno de las Cruzadas puso en evidencia el nivel de relaciones sostenidas entre los bizantinos y los habitantes que comprendían al antigua parte del Imperio Romano de Occidente. Sin embargo, las Cruzadas no fueron ni un catalizador de los ánimos entre ambos mundos ni la conclusión de un proceso previo, sino más bien un capítulo más dentro de la historia que vincula a ambas civilizaciones. El paulatino alejamiento que experimentan las partes occidental y oriental del antiguo Imperio Romano se hace evidente desde el momento mismo de su separación por decreto de Teodosio. Mientras una sucumbió frente a los embates de las tribus germánicas y vio como éstas buscaban impregnarse de la herencia cultural que contenía la tríada greco-romana-cristiana, la otra logró no sólo mantenerse a lo largo de los años, sino recuperarse de las extremas pruebas de sobrevivencia que la agobiaron: persas, árabes, eslavos. La conciencia de autosuficiencia, identidad y en cierto sentido aislamiento se acrecentó en el Imperio Romano de Oriente, toda vez que su contraparte occidental había sido ocupada por tribus bárbaras que elevaban a sus propios reyezuelos, pálidos reflejos de una gloria perdida hace tiempo, gloria que sólo se mantenía dentro de las fronteras griegas, auténtico heredero de la tríada cultural antes mencionada.

Dentro de este panorama, el cisma de 1054 fue un evento más que reflejó, como el síntoma de una enfermedad, este alejamiento, aunque durante aquellos años no se tuvo real conciencia de hasta qué punto el acto nonimal y hasta cierto punto protocolar de las mutuas excomuniones entre el papa León IX y el patriarca Miguel Cerulario marcaría una real separación religiosa, incluso hasta el día de hoy⁶. Es este hecho el que marca, por decirlo así, el inicio de las relaciones modernas entre griegos y latinos, y que se convierte en un elemento perenne y discusión constante entre ambos actores a partir de ese momento.

El período que va desde la precipitación del cisma hasta la llegada de los primeros cruzados hasta Constantinopla constata la permanencia de una visión griega hacia el latino, en la cual se entremezclan la admiración y en cierta medida la comprensión. Eran bárbaros, de eso no hay duda, descendientes de los germanos, los francos, los ostrogodos, y en ese sentido no se comparaban con los griegos. A la hora de hablar de nombres, el término 'latino' (el cual será utilizado de ahora en adelante para referirse de forma genérica a todos aquellos habitantes del Adriático hacia el oeste)

⁶ Maier, Franz Georg. 'Bizancio'. Editorial Siglo XXI, Buenos Aires, 2002. Pág. 223.

aparece por primera vez en las discusiones alrededor de los sucesos de 1054⁷, aunque durante aquella época no siempre fue utilizado de modo peyorativo. El máximo exponente de la corriente 'positiva' en torno a la opinión acerca de los latinos es Miguel Atalates, cronista de la segunda mitad del siglo XI y testigo presencial, entre otros eventos, de la batalla de Mantzikert. Habiendo conocido a los latinos cuando éstos conformaban parte del ejército imperial, en calidad de mercenarios, los identifica como 'normandos', quienes son descritos como 'sedientos de sangre y aptos para la guerra' (que a primera vista puede leer de forma despectiva, pero que dentro del contexto es más bien una alabanza), y más aún, serían 'seres humanos superiores, tan inteligentes como valientes'⁸. Sorprende la condescendencia e incluso la admiración con la cual Atalates describe a los normandos, sobre todo pensando que años más tarde Ana Comnena, princesa bizantina, hija del emperador Alejo I, años más tarde escribiría la historia del imperio bizantino durante el gobierno de su padre, iniciando una tradición literaria de desprecio, subestimación y odio velado hacia el latino. A este respecto, la explicación lógica se enmarca dentro de los sucesos mismos que acontecen dentro y fuera del imperio durante aquellos años.

Tal como ha sido mencionado, las constantes querellas entre bizantinos y turcos, e incluso entre los mismos bizantinos, vieron la participación de tropas latinas entre sus efectivos. Utilizados como mercenarios, resultaron ser útiles en su cometido, por lo cual lenta y progresivamente comenzaron a copar los estratos militares más bajos del ejército bizantino. Sin embargo, la aparición en escena de Roberto Guiscardo, aventurero normando, cambiaría radicalmente la visión acerca del latino.

Guiscardo, hombre aventurero, astuto y hábil, llevó a cabo una serie de maniobras en el sur de la península itálica que le llevaron, en 1071, a la conquista del último gran enclave bizantino en la zona, la ciudad de Bari. El emperador griego, Miguel VII Ducas, abandonó momentáneamente los intentos por reconquistar la región (en vista de la urgencia que tenía el peligro selyúcida, desatado luego de Mantzikert), y en vez de ello buscó granjearse la amistad del conquistador normando mediante el ofrecimiento en matrimonio de su hijo y heredero con la hija de Guiscardo, a cambio de un compromiso de lealtad por parte del normando, que quedaría bajo la condición de vasallo de Bizancio. Sin embargo, una revuelta contra el emperador exitosamente dirigida por

⁷ Kazhdan, Alexander 'Latins and Franks in Byzantium: Perceptions and reality from the eleventh to the twelfth century'. En "The Crusades from the Perspective..." Pág. 86

⁸ Magadalino, Paul. 'The Byzantine Background to the First Crusade' Recurso electrónico, extraído de '<http://www.deremilitari.org/resources/articles/magdalino.htm>' Ultimo acceso 25/02/2009. Traducido del inglés.

Nicéforo III Botaniates fue la excusa perfecta para que el líder normando adujera razones relativas al legítimo derecho que, por el compromiso de matrimonio adquirido, poseía su familia frente a la corona imperial, y que lo llevó a invadir Grecia⁹. Es a partir de este momento cuando el latino comienza a adquirir características negativas frente a los ojos bizantinos, ya que el gran desastre que llevaron a los territorios griegos, además de su atrevimiento al llevar la guerra a territorio bizantino, con la excusa de ser un aspirante serio a la corona imperial, agravado por su imperdonable defecto de no poseer sangre noble¹⁰, se mostró como una insolencia propia de bárbaros. Todo esto, en las vísperas de las cruzadas.

II

La naturaleza del llamado de auxilio hecho por Bizancio hacia occidente, más específicamente hacia el papa, es aún materia de discusión. Lo cierto es que hacia el año 1091 el imperio se hallaba en su hora más crítica; por el este, los selyúcidas se habían vuelto a manifestar, y avanzaban hacia la capital imperial; por el norte, los pechenegos estaban a las puertas de Constantinopla, y por el mar el pirata Tzachas –acaso el enemigo más peligroso de todos- buscaba el concierto de todos estos rivales para hacer caer la capital. En esta situación, Alejo I Comneno envió numerosas cartas pidiendo socorro a occidente. El emperador del Sacro Imperio (a la sazón Enrique IV) y el papa Urbano II fueron los más insignes receptores de tales misivas. Sin embargo, el tono de la llamada de auxilio no se encuentra muy claro. Por un lado, tenemos como evidencia la carta enviada a Roberto de Flandes, caballero francés que, tras marchar en peregrinaje hacia Tierra Santa, fue alojado y atendido espléndidamente por Alejo, y quien, en retribución, al volver a su tierra natal le hace envío de una partida de caballeros a sus órdenes¹¹. En esta carta Alejo pone en evidencia el lado más lamentable de la decadencia de Bizancio, cuya frase más reveladora nos dice: “No nos queda casi más que Constantinopla, y los enemigos amenazan tomarla muy pronto, si no acude rápidamente socorro de Dios y de los fieles cristianos latinos”¹². El interés revelado en esta misiva y en las acciones alrededor de ella es alto, en tanto, y si nos atenemos a la veracidad de su

⁹ Sethon, Kenneth M. (Ed.). ‘A History of the Crusades, Vol. 1’ Universidad de Wisconsin. 1969. Págs. 187-188

¹⁰ A este respecto, el relato de Ana Comnena es enfático al señalar tal característica de Guiscardo, sobre todo en la lectura del libro I de la Alexiada.

¹¹ Vasiliev, Alexander. ‘Historia del Imperio Bizantino’. Extraído de <http://www.imperiobizantino.com> Pág. 261

¹² The Letter of Alexius to Count Robert of Flanders. Extraído desde <http://www.crusades-encyclopedia.com/letterofalexius.html>. Último acceso 25/02/2009

autoría, Alejo ha abandonado todo orgullo y manifiesta que su destino se halla exclusivamente en manos latinas. Aunque Vasiliev, a este respecto, deja abierta la posibilidad a que dicha misiva se tratase más bien de una adaptación del original, al cual se le añadieron elementos tendientes a crear cierta propaganda y alentar a los latinos a ir en ayuda de los bizantinos¹³

Las misivas enviadas al papa fueron las que mejor recepción tuvieron. La historia que sigue es conocida: en marzo de 1095 Urbano II convoca un concilio en la ciudad de Piacenza, en el cual legados griegos exponen los puntos de su llamada de auxilio, y en noviembre del mismo año, en Clermont, llama a los príncipes europeos a tomar la cruz y recuperar los lugares santos. La noticia sorprendió a Alejo: nunca esperó, ni remotamente, una expedición de ese tipo; le parecía sumamente peligrosa la presencia de enormes ejércitos acampando a los pies de los muros de Constantinopla, sobre todo teniendo en cuenta que aún estaba fresco el recuerdo de la invasión normanda de Guiscardo. Sin embargo, la sorpresa y perplejidad mayores no venían tanto de la presencia misma de los cruzados en el imperio, sino más bien la naturaleza de sus motivaciones.

El emperador ve en los caballeros y soldados occidentales meros mercenarios a su servicio, instrumentos bélicos para un fin, y no es de extrañar que tal tendencia se dé de manera corriente sobre los latinos; en ese sentido, parece que Alejo prosigue una tradición de larga data en la cual los emperadores romanos, desde Claudio en el siglo I, se servían de los bárbaros para la defensa de sus fronteras, y donde los hacían luchar entre sí para gradualmente favorecer a unos sobre otros. La petición de mercenarios durante este tiempo no sería más que una extensión de dicha política, que se prolongaría hasta el fin de los días del Imperio Bizantino¹⁴. Por otro lado, pareciese que el basileus tenía en mente, más que naciones completas movilizándose en su auxilio, ejércitos en cierta manera ‘particulares’ que, a la manera de los caballeros enviado por Roberto de Flandes, sirvieran a la corona imperial. La idea era adquirir mercenarios cuya motivación no fuese otra que servirle y obedecerle en todo lo que él requiriese. La idea de soldados que acudiesen a oriente portando motivaciones propias era algo alarmante. Y quizá más alarmante aún era constatar cuáles eran tales motivaciones. La mayoría de los historiadores modernos concuerda en afirmar que las Cruzadas, en su sentido más ortodoxo, pertenecen exclusivamente al ámbito de relaciones religiosas y políticas

¹³ Vasiliev, Alexander. ‘Historia del Imperio Bizantino’. Extraído de <http://www.imperiobizantino.com> Págs. 261-62

¹⁴ Hindley, Geoffrey ‘Las Cruzadas: Peregrinaje armado y guerra santa’. Ediciones B, Argentina, 2004. Págs. 34-35

católico-romanas, siendo esta realidad ajena al mundo bizantino y musulmán¹⁵. Por parte de Bizancio, las condiciones preexistentes impiden que siquiera se conforme una expedición militar con la excusa de una guerra santa contra el infiel: el patriarca no posee los mismos atributos que su similar en Roma, a saber el mandato político y la autoridad para hacerse obedecer por el emperador en asuntos militares. Por otra parte, para los bizantinos teológicamente ninguna guerra es santa: el soldado que matase a otro en combate, o en general cualquier persona que tomara la vida de otra, exigía a cambio penitencia, puesto que Cristo exigía amar incluso al enemigo¹⁶. En último término, la guerra “no era ‘la política por otros medios’... sino el último recurso. Amenazar con una fuerza apabullante era preferible a emplear esta fuerza, y con ello debemos apreciar que muestran una sorprendente continuidad con los antiguos romanos. Buscaban conseguir sus objetivos mediante la diplomacia, el soborno, la acción encubierta, pagando tributos o alquilando a otras tribus para que combatieran... Su reluctancia a la guerra tenía motivaciones morales y prácticas. Matar, incluso cuando se consideraba justificado, era malvado”¹⁷. Ana Comnena igualmente se refiere a la diferencia existente entre el oficio del sacerdocio occidental y oriental, mostrándose horrorizada por la visión de algunos religiosos-combatientes, considerando que la conducta de un auténtico sacerdote debía ceñirse a lo estipulado en el Evangelio ‘¡no toques, no pruebes, no ataques! Ya que estás consagrado’¹⁸. Las anteriores referencias de conflictos armados bajo el impulso religioso se enfocan principalmente en la campaña de Heraclio contra Cosroes II, durante el siglo VII, en la cual el objetivo era recuperar la Vera Cruz y castigar por tal sacrilegio al enemigo, y aunque existen testimonios que constatan un ceremonial religioso previo a la batalla, bajo ningún punto de vista existe recompensa religiosa alguna ni un castigo hacia el infiel, en tanto infiel.

Otra cuestión a considerar, relativa a la desconfianza de Alejo hacia la empresa religiosa convocada por Urbano II, es el choque de intereses. No es tan sólo que los peregrinos armados poseyeran motivaciones autónomas; el desconcierto provenía igualmente de la utilidad que tenía,

¹⁵ Un texto interesante de examinar es el artículo de José Marín Riveros, titulado ‘Las cruzadas como Guerra Santa: Un problema historiográfico’, en el cual se hace cargo de las distinciones existentes en los conceptos de guerra santa y cruzada en los tres mundos medievales: occidente latino, bizantino y musulmán. Condiciona el nombre de cruzada a una empresa armada en tanto ésta debe poseer ciertos requisitos: motivación religiosa, sanción papal, recompensa divina (perdón de los pecados), recuperación de los lugares santos, combate al infiel.

¹⁶ Marín Riveros, José. ‘Las Cruzadas como guerra santa: un problema historiográfico’ Clase magistral leída con ocasión de la inauguración del Año Académico 2000 del Instituto de Humanidades de la Universidad Adolfo Ibáñez. Revista Intus Legere N° 4 – 2001. Pág. 154

¹⁷ Dennis, George T. ‘Defenders of the Christian People: Holy war in Byzantium’. En ‘The Crusades from the perspective...’ Pág. 37. Traducido del inglés.

¹⁸ Comnena, Ana. ‘The Alexiad. Book X’. Recurso electrónico. Extraído desde ‘<http://www.fordham.edu/halsall/basis/AnnaComnena-Alexiad10.html>’ Último acceso 25/02/2009

para los intereses bizantinos, la recuperación de los lugares santos. Perdidos hacía más de cuatro siglos, poco interés tenía Alejo en capturarlos, ya que la urgencia apremiaba restituir Nicea y el resto de Asia Menor. La justificación religiosa como móvil militar poca consistencia tenía en este caso para los griegos, quienes durante siglos había podido peregrinar hasta Palestina sin riesgos; cierto es que los últimos años la tensa situación en la zona había añadido un grado de dificultad a los viajeros pero, nuevamente, las prioridades eran otras.

III

La llegada de los primeros cruzados está bien detallada por Anna Comnena, quien no escatima epítetos en rebajar a los latinos. El siguiente extracto es decidor en ese sentido, que reseña la trampa tramada por el sultán selyúcida para desbandar y derrotar a los cruzados que acompañaban la cruzada de Pedro el Ermitaño “Sabido la avaricia de los Galos, (el sultán) llamó a dos hombres de espíritu bravo y les ordenó que fueran al campamento...a anunciar que los normandos habían capturado Nicea y que se disponían a saquearla. Este informe, que llegó al campamento de Pedro, exaltó violentamente los espíritus de todos, y cuando la mención de riquezas y de saqueo fue oída, hicieron un gran tumulto en el camino hacia Nicea, olvidando su entrenamiento militar y la debida disciplina observada antes de ir al combate. Esto porque los latinos no sólo se apasionan con las riquezas, sino que cuando ellos recorren cualquier región para saquearla, no obedecen razones ni alguna otra cosa”¹⁹. Fuese verdad o no el relato de Ana, lo cierto es que el hecho mismo de mencionar este evento nos da a entender qué aspectos de la personalidad de los cruzados gusta de referir ella, y así de qué manera podemos presenciar un cambio en la visión hacia el latino: lo que hace 40 años atrás era admirado, ahora es objeto de rechazo. Todo esto repercutió en la actitud que los griegos van a tener hacia los cruzados, de ahora en adelante.

El arribo de los cruzados (además de la expedición de Pedro el Ermitaño) pone a la defensiva a Alejo. Necesita rápidamente neutralizar la amenaza latina, y por ello se da el tiempo de separar las expediciones y pedir juramento por separado a cada uno de los señores cruzados. Dicho juramento acarrea la discusión de un problema en torno a su naturaleza misma, ya que a partir de este momento comienzan las querellas y acusaciones mutuas de abjuración por parte de cruzados y griegos. Lo cierto, para empezar, es que el basileus vislumbró la manera de poder unir a su causa a

¹⁹ *Ibíd.*

aquellos latinos que con una mano tomaban la cruz y con la otra cogían la espada para matar; teniendo en cuenta que la solución del problema inicial bizantino era de una naturaleza meramente político-militar, el emperador supo encauzar los ánimos y energías cruzadas mediante un juramento que enlazaba la lealtad de los latinos hacia sus intereses políticos. En él, los cruzados se comprometían a restituir los territorios que ellos mismos recuperasen al emperador, a cambio de que éste les permitiera pasar hasta el otro lado del Bósforo y les brindara provisiones, guía y apoyo militar. El planteamiento y las condiciones exactas de este juramento no son exactos, lo cual es motivo de desavenencias, los latinos consideraban que las obligaciones estipuladas en el juramento eran recíprocas, a la manera occidental de vasallaje; por su parte, Alejo –según el relato de Ana– no consideraba de una forma tan seria la reciprocidad del acuerdo, en tanto sentía que los cruzados estaban obligados a cumplir su parte del trato y restituir los territorios conquistados, pero en lo relativo al compromiso de brindar ayuda por su parte, lo consideraba más elemento opcional y que dependía más de su buena voluntad que de una obligación de palabra, aunque Ana es enfática en señalar que el emperador se mostraba de todas maneras ansioso por cumplir su parte²⁰.

A partir de este punto, es posible entender cuales fueron los argumentos que unos y otros utilizaron para culpar al otro de romper el juramento. Todo comenzó durante el asedio de Antioquia, a principios de 1098, cuando el representante del emperador y líder del ejército bizantino, Tatikios, abandona el sitio y regresa a Constantinopla. Bohemundo, a la sazón uno de los líderes del asedio, acusa a los bizantinos de no cumplir con su parte del juramento, mientras que Ana se refiere a este hecho como producto de un engaño del normando, quien hace creer al general griego que se halla en gran peligro su vida, ya que ha perdido la confianza del resto de los cruzados, por lo cual le sugiere salvarse y retornar a casa²¹. Como sea, Antioquia cae y Bohemundo toma posesión de la ciudad, sin restituirla al emperador, quien por su parte lo acusa de perjurio, epíteto del lo cual Ana se hace eco.

En este punto, la Alexiada nos brinda quizá su descripción más profunda, a la vez que despreciativa y acusatoria: Bohemundo. Hijo de Roberto Guiscardo, lo retrata como un hombre mentiroso por naturaleza, cuyo interés inicial por tratar con Alejo pasaba únicamente por tener algún tipo de ventaja que su propia situación le negaba, en tanto no tenía ni ancestros ilustres ni riquezas, con el fin último de, algún día, poder cumplir los sueños imperiales inconclusos de su

²⁰France, John. 'Anna Comnena, the Alexiad and the First Crusade'. Extraído de <http://www.deremilitari.org/resources/pdfs/france2.pdf>. Último acceso 24/02/2009. Pág. 11-12

²¹ Ibíd. Pág. 8

padre²². Perjurios, ansiosos de riquezas, ávidos de saqueos. A pesar de ello, han logrado servir al objetivo principal que Alejo tenía planeado desde un principio, aunque a un costo: el establecimiento de principados latinos en la costa de Siria y Palestina, que eventualmente podrían amenazar la frontera este, más aún que los mismos turcos del Asia Menor. No obstante, con el tiempo la mirada de los emperadores hacia estos reinos cruzados variaría, sobre todo durante el gobierno de Manuel I Comneno, el cual fue capaz de darse cuenta que, mientras dichos reinos estuvieran a salvo, lograría evitar que una nueva cruzada avanzara hacia el este a través de su imperio, evento siempre atemorizante para los griegos²³.

Por otro lado, el relato de la Alexiada, cuando se refiere a un posible enfrentamiento entre cruzados y griegos, especialmente cuando los primeros se hallan acampando en las afueras de Constantinopla esperando el permiso para atravesar el Bósforo, habla de una ‘guerra civil’. Llama la atención, sobre todo, porque a pesar del elemento de alteridad que es posible constatar en las palabras de la princesa bizantina, de todas maneras parece considerar ‘hermanos en la cristiandad’ a los latinos. No es el mismo trato que recibirían las tribus eslavas de los Balcanes o los turcos, considerando que la mayoría de las veces todos éstos, junto con los occidentales, eran considerados como bárbaros, al menos desde el punto de vista diplomático. La disociación entre griegos y latinos, establecida al menos protocolarmente en 1054, parece no ser definitiva ni completa fuera del papel. Reflejo de ello es, además, que Alejo en todo momento buscara ganar el favor de los príncipes con regalos y hospitalidad, sobre todo en el caso de Bohemundo, en su condición de hijo de Guiscardo y líder él mismo de ataque normando a Grecia entre 1082 y 1084. En ese sentido, el basileus buscó ante todo la consecución de su propio fin en detrimento de desconfianzas y recelos.

IV

Los sucesores Comnenos de Alejo –Juan, su hijo y Manuel, su nieto- ciñeron su política exterior hacia los latinos a la búsqueda de un *modus vivendi* tanto con los normandos del sur de Italia, como posteriormente con los germanos²⁴. Sin embargo, el énfasis dado por uno y por otro a la difícil cuestión occidental, varió enormemente. Juan II Comneno (1118-1143) enfocó su atención

²² *Ibíd.* Pág. 5

²³ Wolff, R. L.; Hazard, H. W., Editor. *The later Crusades, 1189-1311* (A History of the Crusades, volume, II) Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1969. Pág. 140. Extraído de <http://digital.library.wisc.edu/1711.dl/History.CrusTwo>

²⁴ *Ibíd.* Pág. 130

principalmente hacia el este, lo que se puede explicar por la carencia de cruzada alguna durante su reinado, a diferencia de su hijo Manuel (1118-1180), quien debió hacer frente a una de ellas, y sobre todo a resolver el problema surgido a partir del fortalecimiento del poder normando en el sur de Italia. Lo cierto es que quizá la única preocupación a la que hubo de hacer frente Juan fue, en el ocaso de su gobierno, la unión de los territorios del sur de Italia y de la isla de Sicilia bajo el mando de Roger II, quien además fue nombrado rey la navidad de 1130. Además de la amenaza misma que significaba tener a un soberano con tanto poder territorial en las cercanías del imperio, lo más grave para Juan fue constatar que el nombramiento como monarca de Roger II significaba un golpe terrible a las aspiraciones territoriales teóricas que los emperadores sostenían aún sobre el sur de Italia²⁵. Es así como Juan inicia una tradición que no se extinguirá hasta los últimos días del imperio: las tratativas diplomáticas con los soberanos occidentales, con el fin de salvaguardar los intereses propios de Bizancio, en un principio, y luego lisa y llanamente luchas por su propia supervivencia. No obstante, ya se ha dicho que esto ocurre tan sólo al final del reinado de Juan, y será una tarea que Manuel heredará.

Tanto los cronistas de su época como los autores contemporáneos afirman la abierta tendencia latinófila de Manuel I Comneno. Lo que está en discusión aún es saber cuáles son las razones que llevaron al emperador a tomar tal actitud. En este sentido, Vasiliev explica que tal cualidad se trataría de una inclinación natural de la propia personalidad del emperador hacia la cultura occidental: “Admirador convencido del Occidente, *latinófilo*, tuvo por ideal el tipo del caballero occidental, deseó penetrar los secretos de la astrología y cambió por completo la vida severa establecida en la corte por su padre. La alegría, el amor, la caza, las recepciones y fiestas espléndidas, los torneos organizados según el modelo occidental, se sucedían sin cesar en Constantinopla”²⁶ Por otro lado, un cronista contemporáneo como Nicetas Coniates argumenta que no existe otra explicación para la tendencia pro latina de Manuel que las enmarcadas estrictamente dentro del ámbito diplomático, en tanto vislumbró que intrigando entre los gobernantes occidentales lograría evitar que todos se uniesen y eventualmente destruyeran el imperio²⁷. A pesar de sus esfuerzos fue inevitable, tras la caída de Edesa en manos musulmanas en 1144, que una nueva Cruzada fuese invocada por el papa Eugenio III. La amenaza de una nueva expedición se cernía nuevamente sobre el destino de Bizancio, sobre todo pensando que las tratativas en pos de

²⁵ Vasiliev, Alexander. ‘Historia del Imperio Bizantino’. Extraído de <http://www.imperio bizantino.com> Op. Cit. Pág. 279

²⁶ *Ibíd.* Pág. 255

²⁷ Coniates, Nicetas. ‘A Byzantine View of Manuel's Favours to the Latins’ de *Historia, ed de Gruyter, traducido por J. L. van Dieten, Berlin, 1975 vol. 1, pp. 203-5.* Recurso electrónico, extraído desde ‘http://www.myriobiblos.gr/afteromata/1204/choniaties1_en.html’. Último acceso 26/02/2009

neutralizar el poder de Roger II habían llevado a Manuel a pactar un acuerdo con el emperador alemán Conrado III: debido a que el germano juró tomar la cruz y marchar hacia Palestina, no existían garantías para Manuel que le permitieran asegurar la continuidad de una política beneficiosa para Bizancio en occidente. A partir de ese momento, los acuerdos se sucederían de las formas más inverosímiles, pactando con el papa, el emperador alemán, el rey francés, Venecia, Génova e incluso con el heredero de Roger, Guillermo I. Como se ha dicho, si existía algún concierto en la serie de alianzas que Manuel buscó establecer, fue, siguiendo la tendencia de Alejo, buscar ante todo el máximo beneficio para el imperio.

Un aspecto negativo, no obstante, de la gestión de Manuel fue la gran apertura que tuvo para acoger en el seno del gobierno a elementos latinos, aunque dicha tendencia ya había sido iniciada por Alejo, quien buscando ganarse la amistad de Venecia, le otorgó ingentes beneficios comerciales en Constantinopla, en detrimento de los mercaderes locales. Como sea, lo que durante el siglo XI fue una tendencia en alza –el reclutamiento de normandos en el ejército imperial- fue temporalmente suspendido durante el gobierno de Juan, pero con Manuel retomó más fuerzas, ya que la penetración ya no sólo se dio en los estratos militares, sino además en la sociedad y política griegas²⁸. El sentimiento de desconfianza y recelo hacia el latino no había cesado en la mentalidad del ciudadano bizantino, más aún frente al progresivo aumento de la ingerencia de elementos occidentales en todas las áreas de poder, hecho que finalmente fue evidenciado por Manuel, y en un intento por contrarrestarlo, en 1171 tomó bajo arresto, confiscó sus bienes y privó de sus derechos comerciales a todos los venecianos avecindados en Constantinopla desde el gobierno de Alejo; la reacción no se hizo esperar, y derrotado por la flota veneciana, el emperador no tuvo más remedio que restituir los beneficios. Este hecho, además, es para muchos considerado como un antecedente que posteriormente condicionaría la toma y saqueo de Constantinopla, en 1204²⁹.

Con respecto a la Segunda Cruzada, Manuel logró controlar eficazmente la amenaza. A ese respecto, la imagen que adquiere en la literatura griega esta victoria del basileus crece en aprecio, la vez que confirma la desconfianza e intolerancia que se sostiene hacia el latino, metaforizado en la figura de un animal salvaje, sediento de sangre y cuya presencia acarrea gran peligro. Manuel es comparado con Alejandro Magno y Constantino el Grande, guerrero que valientemente ha

²⁸ Kazhdan, Alexander ‘Latins and Franks in Byzantium: Perceptions and reality from the eleventh to the twelfth century’. En ‘The Crusades from the Perspective...’ Págs. 99-100

²⁹ Wolff, R. L.; Hazard, H. W., Editor. ‘*The later Crusades, 1189-1311* (A History of the Crusades, volume, II) Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1969. Págs. 138-139. Extraído de ‘<http://digital.library.wisc.edu/1711.dl/History.CrusTwo>’

defendido a Constantinopla, ciudad que asume la imagen de una novia adornada con flores, de la bestia occidental³⁰.

Sin embargo, los últimos días del gobierno de Manuel estuvieron ensombrecidos por el desastre de Miriokefalon, en 1176. Es importante recalcar la importancia que tiene esta batalla para la historia posterior de Bizancio, ya que sería la última gran empresa llevada a cabo por emperador alguno en pos de una restitución territorial; a partir de ese momento, y exceptuando la reconquista de Constantinopla en 1261, el imperio se hundiría paulatinamente en una impotencia por tratar de llevar a cabo una política expansionista agresiva, y sus posibilidades se reducirían únicamente a salvaguardar la integridad territorial de lo que queda de imperio. Cuatro años después de aquella batalla, Manuel fallecería, dejando como herencia un estado que comenzaba su decadencia, condicionada ésta por dos elementos: la progresiva presencia de latinos en las distintas esferas de poder imperiales, asunto cuyo problema principal, más que 'latinizar' el imperio (asunto que en última instancia no se dio de manera profunda), fue el recelo y muchas veces abierto rechazo que desestabilizaría el orden político y social en el imperio; y en segundo lugar, un estrato militar que había concentrado todos sus esfuerzos en Miriokefalon, y que tras su derrota ya no tendría fuerzas para ponerse de pie nuevamente.

V

Los acontecimientos que transcurren desde la muerte de Manuel I Comneno hasta la instauración del Imperio Latino de Oriente, aunque convulsos, siguen un mismo móvil: la incapacidad de los emperadores de controlar la incipiente crisis tanto dentro como fuera del imperio. La exasperación de los habitantes del imperio por la presencia de elementos latinos en éste es canalizada en las figuras de los emperadores Andrónico II Comneno, y posteriormente por su reemplazante y sucesor, Isaac II Ángel. Sin embargo, es demasiado tarde. Ya la presencia de los efectivos germanos dirigidos por Federico I Barbarroja a las puertas de Constantinopla, en 1190, que se dirigían a Palestina con motivo de la Tercera Cruzada, significó un duro golpe al prestigio del imperio ya que, amenazante, el emperador alemán exigió que se le permitiese el paso hacia Asia Menor, o de lo contrario asediaría la ciudad; Isaac, impotente por carecer de un ejército que hiciese frente a los cruzados, hubo de aceptar las condiciones de Barbarroja. Fuera de este episodio, poco y

³⁰ Jeffreys, Elizabeth y Jeffreys, Michael. 'The wild beast from the west: Immediate literary reactions in Bizantium to the Second Crusade'. En 'The Crusades from the perspective...' Págs. 103-116

nada tuvo que ver Bizancio en los acontecimientos que decidieron el fracaso de los cruzados en Tierra Santa, salvó quizá por el acuerdo secreto entre el *basileus* y el líder kurdo de los musulmanes en Egipto y Palestina, Saladino, en el cual el primero se comprometía a impedir el paso de los cruzados por su territorio, y el segundo le ayudaría a deshacerse de los turcos de Asia Menor. Esta conducta tiene precedente en las acciones de Manuel durante la Segunda Cruzada, cuando selló un acuerdo con el sultán selyúcida en detrimento de la campaña del rey Luis VII de Francia. Esta actitud, vista por occidente como una traición a la cristiandad, desde la óptica bizantina no representaba otra cosa que la ya mencionada tradición diplomática proveniente del Imperio Romano, de tratar a todo extranjero como bárbaro, y utilizarlos en beneficio del emperador³¹.

Nicetas Coniates, en su relato de los sucesos alrededor de la toma de Constantinopla, señala que el desenlace de la Cuarta Cruzada no es sino un castigo divino, causado por las faltas de sus habitantes, y especialmente sus líderes³². El trato con los latinos escandaliza gran parte de la población de Grecia, sobre todo al constatar el relato de Miguel Acominatos, arzobispo de Atenas, tras el ascenso de Andrónico I y la ‘limpieza’ que lleva a cabo de los elementos latinos presentes en el imperio: “Y recordare ante todo cómo, en esta época turbulenta y angustiosa, el Imperio romano apeló a su antiguo favorito, el gran Andrónico, para derribar la opresora tiranía latina que, como una mala hierba, se había aferrado al joven retoño del reino. No condujo (Andrónico) con él un cuerpo de ejército marchó, ligero, hacia la ciudad que le amaba... El primer presente que hizo a la capital para recompensarla de su puro amor, fue librarla de la tiránica insolencia latina y limpiar el Imperio de los mismas bárbaros.”³³. Sin embargo, tan sólo años más tarde sería depuesto por una revuelta, que puso en el trono a Isaac II, y a partir de entonces (año 1185) la situación caótica no tendría fin hasta 1204.

El saqueo de Constantinopla, además de la incalculable pérdida material que significó, vino a trazar un abismo inseparable entre griegos y latinos. La gran matanza perpetrada por los latinos fue la evidencia que confirmó todos los temores alimentados durante los últimos años por los griegos, y que en palabras del historiador Geno Geanakopolos, parece ya un elemento nuevo que integraría la identidad del bizantino: “la mayoría de los griegos, rememorando su amarga experiencia de pueblo dominado durante la ocupación latina, y más concretamente la conversión

³¹ Hindley, Geoffrey ‘Las Cruzadas: Peregrinaje armado y guerra santa’. Ediciones B, Argentina, 2004. Pág. 113

³² Noble, Peter. ‘Eyewitnesses of the Fourth Crusade, The War against Alexius III’ Recurso electrónico. Extraído de ‘<http://www.deremilitari.org/resources/pdfs/noble.pdf>’. Último acceso 24/02/2009

³³ F. I. Uspenski, *Los últimos Comnenos: El principio de la reacción* (Viz, Vremermik, t. XXV (1927-1938), p. 20 (en ruso). En Vasiliev, Alexander. ‘Historia...’. Pág. 291

forzosa del clero y el pueblo griegos al catolicismo con la proclamación de un patriarca latino en Constantinopla, siguió siendo antilatina”³⁴

VI

El último acto de plena y auténtica autodeterminación que llevó a cabo Bizancio, ocurrió en el año 1261, cuando el usurpador Miguel VIII Paleólogo, sin mayor esfuerzo, logra hacerse con Constantinopla, acabar con el Imperio Latino, y restituir su auténtica capital a un imperio que, hasta ese momento, había vivido en el exilio de Nicea. Si bien los primeros emperadores de Nicea – Teodoro I Láscaris y Juan III Vatatzés- llevaron a cabo sendas campañas (la mayoría de ellas con éxito) que permitieron la supervivencia de su gobierno, lo cierto es que hizo más la diplomacia que las armas, y no por opción, sino más bien de manera forzosa.

Lo que podemos constatar, una vez restituida la capital imperial, es que, tal como se ha venido repitiendo, el imperio pierde la capacidad de expandirse, y sobre todo de lograr frenar exitosamente el avance de los selyúcidas primero, y luego la oleada otomana. En este sentido, con el tiempo paulatinamente surgirá una contradicción vital en el seno de la conciencia griega: el latino es objeto de un odio y rechazo profundo, pero a la vez se sabe que es el único elemento capaz de prestar ayuda al imperio frente a la amenaza del este.

Con respecto al primer punto, baste decir que la mentalidad del ciudadano griego sostiene, casi de forma patológica, la convicción de que las Cruzadas no fueron (ni son) más que expediciones de saqueo y bandidaje perpetradas por los latinos. Más aún, el principal temor frente a esta eventualidad, más que la ocupación y saqueo de la ciudad, es la ‘latinización’ que llevarían a cabo los cruzados, sobre todo si se considera que tras la ocupación de Constantinopla, el último bastión de identidad y posesión que les resta a los bizantinos es su religión, la pureza ortodoxa. Muchas veces manifestaron que preferían someterse al yugo turco y no al latino³⁵.

³⁴ Geanakopulos, Geno j. ‘Byzantine East and West: Two World of Christendom in the Middle Ages and Renaissance (Oxford, 1966). Pág. 18. En: Hindley, Geoffrey. ‘Las Cruzadas: Peregrinaje armado y guerra santa’. Ediciones B, Argentina, 2004. Pág. 192

³⁵ Hazard, H. W., Editor. ‘*The fourteenth and fifteenth centuries (A History of the Crusades, volume, III* Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1975. Recurso electrónico. Extraído de: <http://digital.library.wisc.edu/1711.dl/History.CrusThree>’ Último acceso 26/02/2009. Págs. 31-33

Del segundo punto ya se ha hecho referencia. Para obtener la ayuda necesaria, los bizantinos jugarán una y otra vez con la misma moneda de cambio: la promesa de la unión entre ambas iglesias. El asunto se vuelve espinoso, en tanto los latinos –y el papa sobre todo- muchas veces exigen la unión eclesiástica como *conditio sine qua non* para cualquier ayuda de tropas. En este sentido, es necesario referirse en especial al Segundo Concilio de Lyon (1274) donde el emperador Miguel VIII se compromete formalmente en la unión de ambas iglesias; sin embargo, la determinación es desautorizada por el clero ortodoxo, por lo cual el basileus enfrenta acusaciones de perjurio en occidente. Tal acontecimiento profundiza la desconfianza tradicional que los latinos sostienen contra los griegos.

Teniendo en cuenta ambos elementos, la cuestión se vuelve compleja para el emperador de turno, toda vez que, por un lado, debe hacer lo posible por la sobrevivencia del imperio, pero por el otro tiene arraigado profundamente en la conciencia bizantina un sentimiento anti latino. Será esta contradicción que finalmente determinará el fracaso constante de una posible ayuda occidental hacia oriente, y que no terminará sino con la caída de Constantinopla.



A lo largo de este trabajo se ha constatado la presencia casi permanente de un sentimiento negativo por parte del griego hacia el latino. Tan sólo la época pre-comnénica –o mejor dicho, la pre-guiscárdica- muestra una visión positiva sobre el occidental. Asimismo, existe cierta correlación entre un decir y un hacer, en el sentido de la constante visión del latino como un ser humano de grandes capacidades físicas, apto para la guerra y sobre todo ávido de riquezas, condiciones ideales que permiten concebirlo en la realidad como un buen mercenario. Es este mismo punto que reafirma lo señalado en un inicio, en tanto los bizantinos, a partir de esta concepción, buscan el provecho propio por sobre el ajeno: toma de juramento a los primeros cruzados, tratativas con distintos monarcas occidentales con el fin de obtener la mejor posición diplomática, incluso los acuerdos tomados con los sultanes turcos entran dentro de esta dinámica de la utilización del foráneo, que tal como ya ha sido mencionado, es parte de una antigua tradición con raíces en el antiguo Imperio Romano. Pero, a pesar de todo esto, nada pudo evitar la paulatina decadencia en la que se sume Bizancio, que se inicia en el 1071, se reafirma 105 años más tarde, y cuyo golpe de gracia es recibido en 1204. De ahí en adelante, no es sino un agónico cuerpo, del cual, como sanguijuelas, latinos y turcos intentan sacar el mayor provecho.